



**SECRETOS
INCONFESABLES**

EMMA COLT

Un policía de moral intachable. Una sospechosa tan tentadora como misteriosa.

El inspector de policía Samuel Schwartz es un perfeccionista que nunca permitiría que nada se interponga entre él y su trabajo. Absolutamente nada, ni siquiera una mujer. Esto es hasta que tiene que investigar el asesinato de un poderoso empresario y conoce a su hijastra, Valeria Aguilar. Valeria Aguilar, dulce, caótica, tentadora... y enigmática. Samuel sabe que ella esconde secretos, pero no logra frenar la atracción que lo empuja irremediabilmente hacia ella. ¿Será Valeria Aguilar su perdición?

Valeria Aguilar lleva muchos años guardando secretos relacionados con su padrastro. Por necesidad, ha aprendido a esconder verdades y sentimientos. Es muy buena en ello. Hasta que entra en su vida un irresistible policía de ojos azules, Samuel Schwartz, que parece ser la única persona capaz de ver más allá de lo que ella muestra al mundo. Valeria quiere contarle la verdad, pero no puede. Son secretos inconfesables, secretos peligrosos que pueden acabar con la carrera de Samuel, que amenazan con romperles el corazón en mil pedazos a ambos y que ponen en peligro la vida de Valeria...

Índice de contenido

Cubierta

Secretos inconfesables

Dedicatoria

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Agradecimientos

Una nota de la autora

Siempre para H.

1

Jueves 14 de mayo, 21.33 horas

—He conocido a alguien.

Samuel utilizó la esquina de la servilleta para limpiarse los labios con cuidado. Después, volvió a doblarla bien para colocársela en el regazo. No le gustaba que quedara puesta de cualquier manera.

Utilizó esos breves instantes para reflexionar sobre las palabras de Lorena. Le llamó la atención cómo las había pronunciado. Soltándolas de golpe, como si llevaran tiempo acumuladas tras sus labios y ya no hubiera podido retenerlas más.

Había notado a Lorena extraña desde que se habían encontrado en la puerta del restaurante, pero no había dicho nada porque tenía la cabeza en el trabajo. Esa tarde habían conseguido encajar todas las piezas del homicidio del carnicero, que llevaba semanas dándoles quebraderos de cabeza. Y los descubrimientos finales lo habían dejado... atónito.

Sin embargo, ahora las palabras de Lorena requerían su completa atención. Al parecer, algo no iba bien. Pero como no le gustaba sacar conclusiones precipitadas, preguntó:

—¿A qué te refieres?

—Ya lo sabes, Samuel —soltó ella con un resoplido—. He conocido a *otra persona*.

—Yo ayer también conocí a alguien. El nuevo vecino del quinto. Es un señor mayor, muy agradable.

—Mierda. No empieces ahora con tu perfeccionismo. Sabes de sobra a qué me refiero —dijo Lorena, molesta.

—Pues no, no lo sé. Eres tan ambigua que podría sacar conclusiones equivocadas —dijo él, seco.

Samuel tenía muy claro lo que Lorena intentaba decirle, pero no pensaba ponérselo fácil.

—Vale. He conocido a otro hombre, Samuel. En las dos últimas semanas, he salido con él varias veces. De hecho, en todas nuestras citas hemos acabado follando como si se acercara el fin del mundo.

Él retiró la servilleta de su regazo y la volvió a colocar encima de la mesa. Parecía que no hubiera llegado a utilizarla.

—De acuerdo. Entonces no hay nada más que decir —dijo con frialdad. Buscó a su camarero con la mirada y con un gesto rápido le pidió la cuenta.

Lorena no escondió su sorpresa.

—¿Y ya está? ¿Eso es todo lo que piensas decir?

—¿Qué quieres, Lorena? ¿Que te dé la enhorabuena por ser incapaz de ser sincera conmigo antes de ponerme los cuernos? ¿Por ser una mentirosa? —espetó él—. Has estado saliendo con los dos a la vez, ¿de verdad quieres que diga en voz alta lo que pienso de ti en estos momentos?

Ella forzó una sonrisa, pero solo consiguió esbozar una mueca triste.

—Técnicamente, no es cierto que haya estado saliendo con los dos a la vez —dijo—. ¿Eres capaz de decirme cuándo fue nuestra última cita?

—Hace unos días, cuando fuimos al cine. ¿Qué tiene que ver...?

—Eso fue hace tres semanas.

Samuel frunció el ceño. ¿Ya hacía tres semanas que habían ido al cine? Hizo memoria y, sí, llegó a la conclusión de

que Lorena tenía razón. Había estado tan concentrado con el trabajo que los días le habían pasado volando.

—Antes de nuestra cita anterior, ¿sabes cuánto tiempo estuvimos sin vernos? —dijo Lorena.

Samuel dudó. También habría dicho que unos días, pero ahora ya no se atrevía a pronunciarlo en voz alta.

—Otras tres semanas —contestó Lorena por él.

—Vale, Lorena, nos hemos visto poco. Eso no justifica tus actos.

—Claro que no, pero... mírate, Samuel. Ni siquiera estás dolido porque esté rompiendo contigo y vaya a desaparecer de tu vida. Solo estás molesto porque no hice las cosas en el orden correcto, porque no te avisé antes de acostarme con otro tío.

—Eso no es cierto.

—No te mientas a ti mismo. Ni me insultes mintiéndome así. Si yo te importara de verdad, no dejarías pasar semanas sin verme. Pensarías en mí cada día, y no podrías pasar más de dos días sin tocarme —dijo ella con los ojos brillantes. De repente, había en ellos una desolación que antes no estaba—. No me llamarías solo cuando te apetece echar un polvo, o cuando puedes descansar porque dejas de pensar en tu trabajo durante dos minutos.

Él abrió la boca para replicar, pero no llegó a pronunciar nada. ¿De verdad Lorena creía que solo la llamaba cuando quería follar?

—Yo lo he intentado —dijo ella con la voz un poco rota.

Ahora él la miró sin comprender.

—Sé que necesitas tu espacio, que te gusta el orden y las cosas bien hechas, que prefieres llevar el control. He intentado darte todo eso, pero al parecer no lo he hecho suficientemente bien. O no soy yo a quién necesitas. —Dos lágrimas resbalaron por las mejillas de Lorena, que no se molestó en secárselas—. Siempre me ha maravillado tu capacidad de observación, pero me horroriza lo ciego que estás respecto a ti mismo.

Samuel no sabía a qué se refería, pero no necesitó preguntar porque ella misma se lo aclaró:

—Acabarás solo. Más solo que la una —dijo sin reprimir un suave sollozo—. No te gustará que te lo diga, pero te deseo de todo corazón que algún día aparezca alguien que ponga tu mundo patas arriba. Me habría gustado ser yo, pero... no ha podido ser.

Ahora sí, Lorena se secó las lágrimas con las manos. Se levantó y recogió su chaqueta y su bolso.

—Adiós, Samuel.

Y, sin esperar una respuesta, se fue.

★

Viernes 25 de septiembre, 22.04 horas

El restaurante estaba a rebosar, con todas las mesas ocupadas y los camareros apresurándose de un lado a otro. A pesar de todo, gracias al aire acondicionado la temperatura del lugar era agradable en comparación al calor que todavía sufrían en la calle.

Samuel no tardó en divisar a su amigo, sentado en una mesa cercana a una pared. Mientras se dirigía hacia allí, lo observó. Tenía una cerveza delante, aunque ni la había tocado. Estaba ensimismado, y parecía preocupado. Ni siquiera se había dado cuenta de su presencia, algo raro en él.

Samuel no se sorprendió especialmente. El final de verano de su amigo había sido muy movido. Y no parecía que las cosas se hubieran arreglado.

—Adam —saludó cuando alcanzó la mesa.

Este salió de su ensimismamiento y le sonrió, aunque la sonrisa no alcanzó sus ojos grises.

—Hombre, Samuel —dijo. Se saludaron con un apretón de manos.

—Disculpa el retraso, para variar nos ha salido trabajo en el último momento...

Adam echó un vistazo a su reloj y ahora sí que sonrió.

—Solo pasan cuatro minutos de las diez. Esto no es llegar tarde.

—Técnicamente, sí que lo es —insistió Samuel.

—Pero estás dentro de los cinco minutos de cortesía.

Samuel resopló, divertido, y no insistió. Con un gesto, llamó a un camarero que pasaba cerca de ellos.

—Como has llegado tarde y estaba muerto de hambre, ya he pedido un par de tapas. Espero que no te importe —anunció Adam.

Ahora Samuel rio. Cuando el camarero se acercó, pidió otra cerveza para él y añadió un par de tapas más a la petición de Adam. Era bastante comida, pero, entre los dos, se la acabarían.

—Bueno, ¿qué te cuentas? —dijo Samuel.

Su amigo hizo una mueca que dejó bien claro cómo estaba. Era una de las cosas que le gustaba de él: su franqueza. Era directo, sin dobleces. En la breve época que ambos habían pasado en la unidad de Estupefacientes se habían hecho buenos amigos, y la amistad se había mantenido después, cuando cada uno había seguido su camino profesional. Samuel se había decantado por Desaparecidos y Homicidios, y Adam por Crimen Organizado.

—¿Las cosas siguen mal con Hugo? —preguntó Samuel.

Hugo era el amigo del alma de Adam, y hasta hacía solo unas semanas tenía que ser su cuñado: iba a casarse con la hermana de Adam. Pero después de que un caso se les torciera horriblemente y Hugo fuera secuestrado junto a una testigo, el tipo rompió el compromiso y Adam, que era ultraprotector con su hermana, montó en cólera.

—No, con Hugo todo bien. Ahora ya sí —contestó Adam—. De hecho, desde hace una semana él y Laura es-

tán juntos. Y está de un feliz que da asco.

—¿Pero te alegras por él?

—Sí, claro, eso solo que... No recuerdo haberlo visto nunca tan feliz con mi hermana. Quizá al principio, pero hacía mucho que no. No sé, es raro.

—¿Y tu hermana? ¿Cómo está? —dijo Samuel, adivinando que ese era el tema que lo tenía tan preocupado.

Ahora Adam resopló.

—Está... está muy rara. Hizo el viaje de la luna de miel ella sola y volvió... es que no sé ni cómo describirlo. Volvió más fuerte, pero no está bien —explicó—. Creo que me esconde algo.

—Bueno, ya es mayor de edad, ¿no? Tiene derecho a tener sus secretos.

—Me gustaría ver tu cara si te pasara a ti.

Samuel no contestó, porque en ese momento les trajeron las dos primeras tapas y su cerveza.

—Bueno, ya basta de mis lloriqueos —dijo Adam—. ¿Tú qué tal? ¿Cómo está Lorena?

Samuel estuvo a punto de atragantarse con la cerveza.

—¿Lorena? Lo dejamos en mayo.

Ahora fue Adam el que estuvo a punto de atragantarse.

—¿En mayo?! ¿Y por qué yo no me había enterado?

—La última vez que nos vimos querías matar a tu mejor amigo, así que no hablamos de otra cosa.

—Joder, me sabe fatal... ¿Estás bien?

—No podía estar mejor.

Adam lo observó con los ojos entrecerrados.

—Te dejó ella, ¿no? —aventuró.

Pillado. Samuel estaba orgulloso de su intuición, que en su trabajo le resultaba muy útil, pero la capacidad de Adam para leer a las personas no se quedaba atrás.

—Sí, me dejó ella. Y encima por el motivo de siempre —confesó Samuel.

—Ay.

Adam ya sabía a qué se refería, porque lo habían hablado varias veces. No era la primera vez que una mujer cortaba con Samuel con los mismos argumentos que Lorena. Que era un adicto al trabajo. Que solo pensaba en sí mismo y en su trabajo. Que no se entregaba en las relaciones.

Cuando pensaba en ello, lo afectaba y molestaba por igual. Él era así. No sabía ser de otra manera.

—No sé qué quieren que haga, ¿qué me compre otra personalidad? —bromeó, intentando esconder un pinchacito de dolor.

—Eso nunca.

Después de romper con Lorena, durante un tiempo le dio vueltas al asunto, y llegó a la conclusión de que vivía en una sociedad en la que las personas como él no encajaban. Las normas sociales y las costumbres dictaban que las relaciones de pareja tenían que funcionar de una manera muy concreta, pero no todo el mundo podía embutirse en ese patrón.

—Exacto. Y por ese motivo decidí unirme a tu club: huyo de cualquier cosa que huelga a relación estable —dijo Samuel.

Adam siempre había tenido muy claro que no quería ningún tipo de compromiso sentimental. Y, a Samuel le sabía mal, pero debía admitir que no echó en falta a Lorena en ningún momento. La verdad es que le iba bastante bien y, a pesar de lo que dijera Lorena, no se sentía solo. Tenía su trabajo, sus amigos más cercanos, sus compañeros de trabajo, una familia que se quejaba de lo poco que le veían el pelo y esos ligues esporádicos que lo mantenían bastante satisfecho.

—Así me gusta, tío. Brindemos por ello —dijo Adam, muy serio, y levantó su botella de cerveza para hacerla chocar con la suya—. El amor está sobrevalorado. La gente es capaz de perder la cabeza por culpa del amor.

—Y que lo digas. —Las palabras de Adam trajeron a su cabeza el caso que, todavía meses después de resolverlo,

seguía dejándolo anonadado—. Te pondré un ejemplo. El mismo día que Lorena tuvo el detalle de cortar conmigo, resolvimos el caso del carnicero. Era un tipo que apareció muerto en su carnicería. Era todo un personaje. Antes de poder señalar al culpable, tuvimos que descartar que no se tratara de un robo que había acabado muy mal, de una represalia por haberse acostado con las mujeres de tres vecinos distintos, de un ajuste de cuentas por cierto dinero que debía a un conocido, o de otro ajuste de cuentas por haber robado dinero a un conocido con el que tenían que montar un negocio.

—La leche, menudo historial.

—Y, al final, ¿sabes quién lo había matado? Su cuñado —dijo Samuel—. Le pusimos delante todas las pruebas que demostraban su culpabilidad, pero el tío no soltó prenda de por qué lo había hecho. Y entonces hablamos con su mujer.

Samuel todavía recordaba esa conversación con pelos y señales. Al principio, la mujer se sorprendió mucho. Y después, de forma inesperada, se vino abajo.

—Lo hizo para protegerme —dijo la mujer.

Samuel escondió su sorpresa.

—¿Por qué necesitaba protegerla de su propio hermano?

Ella apretó los labios, luchando contra la necesidad de liberarse contando la verdad. Samuel, creyendo que sabía por dónde iban los tiros, intentó ayudarla.

—¿La maltrataba?

Ella negó con la cabeza.

—¿Abusaba de usted?

Otra negación.

—¿La había amenazado de alguna manera?

La mujer dudó, y finalmente asintió con la cabeza.

—¿De qué manera la había amenazado su hermano?

Después de largos segundos de duda, ella explotó.

—¡Iba a denunciarme! —explicó entre sollozos—. Hace... hace unas semanas atropellé a un ciclista y me di a la fuga... Yo, lo siento mucho, me asusté y... el hombre murió y yo... —La confesión de la mujer dejó a Samuel sin palabras. Pero lo que lo consternó de verdad fueron las siguientes palabras, pronunciadas al borde la histeria—: Mi hermano me notó extraña y acabé contándole lo sucedido... ¡Y me dijo que si no me entregaba yo a la policía, lo haría él! Mi marido no quiere que yo vaya a la cárcel... Intentó convencer a mi hermano para que no me denunciara, pero... ¿Puedo ver a mi marido, por favor? Necesito decirle que lo quiero mucho. No sé qué haría sin él.

Obviamente, los dos acabaron en la cárcel.

—Así que, ya ves —acabó de contar Samuel a Adam—, el tipo mató a su cuñado para evitar que su mujer acabara en la cárcel. Por amor.

—¿Pero eso es amor o estupidez? —preguntó Adam, que realmente parecía estar alucinando.

—No lo sé, pero no me entra en la cabeza que la gente llegue a cometer las estupideces más estúpidas por amor. Es absurdo —sentenció Samuel.

—Estoy completamente de acuerdo contigo. No tiene sentido —lo apoyó Adam.

Unas semanas más tarde, llegó ese caso.

El que puso el mundo de Samuel patas arriba.

2

Miércoles 21 de octubre, 9.07 horas

La llamada lo encontró en el gimnasio, acabando su rutina de pesas.

—Samuel, a ti y a tu equipo os toca encargarnos de un caso importante. Han matado a Bernardo Rodríguez —dijo su jefe sin ni siquiera saludar.

—¿El de las tiendas de ropa?

—El mismo. Ahora os enviamos la dirección. Moved el culo para allá ya mismo.

—A la orden, inspector jefe.

—Por cierto, si no has desayunado, no lo hagas. Por lo que me han dicho, la escena del crimen es todo un espectáculo.

De camino al vestuario, Samuel llamó a Montse para que avisara al resto del equipo y se duchó en un tiempo de récord de cincuenta y un segundos. Los contó.

Le costó casi catorce minutos llegar en taxi a su destino. Concretamente, trece minutos y cincuenta y dos segundos.

Las oficinas centrales de Cool, el imperio textil creado por Bernardo Rodríguez, se alzaban en la zona alta de la ciudad, en el centro de negocios donde se instalaban las empresas más exitosas. O las que querían aparentar que lo eran. Era un edificio de cinco plantas, bastante nuevo y acristalado. Era difícil no fijarse en él de tanto que brillaba.